

PRESENTACIÓN

“La «razón» en el lenguaje: ¡Oh. Qué vieja hembra engañadora! Temo que no vamos a desembarazarnos de Dios porque continuamos creyendo en la gramática...”¹. A primera vista esta afirmación aparece, al menos, como desmesurada. En efecto, ¿qué relación puede tener la conjugación de los verbos, la declinación de los casos, o el uso de las preposiciones con la existencia de Dios? Además, a lo largo de la historia muchos ateos –comenzando por el autor de esa frase– se han servido de las diferentes gramáticas de sus respectivos idiomas para negar a Dios. ¿Qué relación puede tener Dios con la gramática? Sin embargo, las palabras de Friedrich Nietzsche apuntan directamente al corazón de la filosofía y de la cultura cristiana occidental. En efecto, a lo largo del breve ensayo titulado “La «razón» en Filosofía”, dentro de su *Crepúsculo de los ídolos o Cómo se filosofa con el martillo*, el filósofo alemán pretende socavar los fundamentos sobre los que se ha asentado la filosofía occidental: el ser, la verdad, el valor de la razón, la ley y el orden, y por supuesto, Dios. En definitiva, todo aquello que nos remita a un ámbito de racionalidad no hecho por el hombre mismo, con su voluntad de poder, es negado sistemáticamente.

Desde sus mismos orígenes la filosofía occidental apuesta por el valor irrenunciable del *logos* en su doble acepción: como razón y como palabra². El *logos* nos lanza a la búsqueda de lo trascendente, lo sobrehumano y lo divino. Con Platón y Aristóteles la filosofía clásica reconoce que *el logos* (“razón” y “palabra”) es una cierta participación de la divinidad y lo que nos distancia de los brutos irracionales. Con *la razón* podemos conocer el orden del cosmos como reflejo del orden divino, y con *la palabra* podemos manifestar ese orden del que de algún modo está llamado a participar el hombre.

La teología del Medievo ahondó en esta concepción del *logos* como participación de la divinidad. Es más, para la teología cristiana el mismo Dios es el Logos eterno que irrumpe en la historia de la salvación tomando nuestra carne.

¹ F. Nietzsche, “La «razón» en Filosofía”, en *Crepúsculo de los ídolos o Cómo se filosofa con el martillo*, A. Sánchez Pascual (ed.), Alianza Editorial, Madrid, 1982, p. 49.

² Los Padres de la Iglesia asumieron este doble valor del término *logos*. Así se encuentra, por ejemplo, en san Basilio: “Reside la palabra en el alma, unas veces como algo pensado en el corazón; otras veces como algo que se profiere con la lengua”; Basilio Magno, *De Spiritu Sancto*, c. 26, n. 61, PG 32, 179.

La Palabra de Dios (*Logos* o *Verbum*) se hace hombre para que el hombre conozca a Dios. La Palabra eterna se hace Palabra histórica para que el Dios invisible se manifieste a través del Dios visible. La manifestación del Logos nos habla de que “en el origen el origen de todas las cosas debe estar no la irracionalidad, sino la Razón creativa; no el ciego destino, sino la libertad”³. La novedad del mensaje cristiano con respecto a las divinidades paganas es que Dios entra en la historia de los hombres, de tal modo que podemos “tocarle” en su realidad de carne y hueso. Sin perder trascendencia, Dios se hace cuerpo real, pues “un Dios sólo pensado e inventado no es un Dios. Si Él no se revela, nosotros no llegamos hasta Él. La novedad del anuncio cristiano es la posibilidad de decir ahora a todos los pueblos: Él se ha revelado. Él personalmente. Y ahora está abierto el camino hacia Él. La novedad del anuncio cristiano no consiste en un pensamiento sino en un hecho: Él se ha mostrado. Pero esto no es un hecho ciego, sino un hecho que, en sí mismo, es *Logos* –presencia de la Razón eterna en nuestra carne. *Verbum caro factum est* (Juan, 1, 14): precisamente así en el hecho «ahora» está el *Logos*, el *Logos* presente en medio de nosotros”⁴.

El Logos se nos ha manifestado primero de manera confusa a través de los profetas, pero una vez encarnado Dios también nos ha habla a través del Hijo, “el Logos-hecho-carne”. Sus palabras se recogen en las Sagradas Escrituras para que conozcamos la Palabra divina a través de palabras humanas: conocemos la Palabra (Jesucristo) a través de la Palabra (Biblia). Por eso, acercarse a los textos bíblicos, sobre todo al Nuevo Testamento, es esencial para el creyente, pues ignorar la Escritura es ignorar a Cristo⁵. Se comprende así que la cultura cristiana sea en primer lugar una cultura de la palabra, y que para acceder al conocimiento de Dios (*Theo-logos*) sea necesario primero saber leer y escribir correctamente. “La búsqueda de Dios requiere, pues, por intrínseca exigencia una cultura de la palabra [...]. El deseo de Dios, *le desir de Dieu*, incluye *l’amour des lettres*, el amor por la palabra, ahondar en todas sus dimensiones. Porque en la Palabra bíblica Dios está en camino hacia nosotros y nosotros hacia Él, hace falta aprender a penetrar en el secreto de la lengua, comprenderla en su estructura y en el modo de expresarse. Así, precisamente por la búsqueda de Dios, resultan importantes las ciencias profanas que nos señalan el camino hacia la len-

³ Benedicto XVI, “Encuentro con el mundo de la cultura en el Collège des Bernardins” (París, 12 de septiembre de 2008), *Acta Apostolicae Sedis*, 2008 (100, 10), p. 730, Traducción al español www.vatican.va.

⁴ Benedicto XVI, “Encuentro con el mundo de la cultura en el Collège des Bernardins”. Una buena síntesis con bibliografía de esta idea clave en la teología del futuro papa Benedicto XVI puede encontrarse en P. Blanco, *Joseph Ratzinger: razón y cristianismo*, Rialp, Madrid, 2005, pp. 121-132.

⁵ “Ignoratio Scripturarum, ignoratio Christi est”; “Y es así que ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo”; San Jerónimo, *Commentariorum in Isaiam*, “Prologus”, PL 24, 17B.

gua”⁶. Esas ciencias profanas necesarias para adentrarse en la Escritura fueron principalmente las que constituían el *Trivium* clásico: dialéctica, gramática y retórica. Así pues, no es casual que desde los primeros tiempos de reflexión teológica el estudio de la Escritura venga precedido del cultivo de las disciplinas en torno a las palabras⁷.

Cuando en la Edad Media se sistematizó el estudio de la Teología, tanto en las escuelas monásticas como en las escuelas catedralicias urbanas, era preceptivo el estudio de la gramática, la lógica y la retórica. La gramática era el arte de hablar y escribir con corrección, la capacidad de saber interpretar el sentido de las palabras escritas, para lo cual era preciso conocer la lengua determinada en la que se expresaban los textos⁸. La lógica o dialéctica⁹, por su parte, se centra en la determinación de las reglas universales del pensamiento y de su correcta aplicación en la argumentación, principalmente científica. Por último, la retórica se propone la elaboración de bellos discursos mediante adecuadas figuras literarias que agraden al oyente y eventualmente le muevan a la acción; en definitiva, la retórica pretende disuadir y se presenta principalmente en contexto social. Sin embargo, estas tres disciplinas adquirieron funciones distintas en la tradición monástica y en la escolástica.

⁶ Benedicto XVI, “Encuentro con el mundo de la cultura en el Collège des Bernardins”. “El contenido de la cultura monástica puede quedar simbolizado, sintetizado, en estas dos palabras: gramática y escatología. Se requieren, de un lado, las letras para acercarse a Dios y expresar lo que de El se percibe; por otra parte, resulta necesario sobrepasar continuamente la literatura, para tender a la vida eterna”; J. Leclercq, *El amor a las letras y el deseo de Dios. Introducción a los autores monásticos de la Edad Media*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 2009, p. 77.

⁷ Aunque la dialéctica se ocupe de las leyes del razonamiento lo hace siempre en y a través de una lengua determinada, y en ese sentido el lógico estudia también el lenguaje.

⁸ “[La gramática es la ciencia de] interpretar a los poetas y a los historiadores [*Scientia interpretandi poetas et historicos*]”; Rabano Mauro, *De clericorum institutione*, III, 18, en PL 107, 395. Se comprende así la centralidad de la gramática para interpretar correctamente la Escritura y que precisa de la comunidad en la que se ha formado y en la que es vivida a través de una lengua determinada.

⁹ Aristóteles distinguía entre la lógica que trata del silogismo o razonamiento deductivo construido a partir de premisas ciertas y verdaderas, mientras que la dialéctica es un razonamiento con premisas sólo probables, y en este sentido se trata de una “lógica imperfecta o aplicada”. En realidad muchas veces estos términos terminaron siendo intercambiables entre sí.